

DOMINGO 30 DEL TIEMPO ORDINARIO — CICLO A

El mandamiento principal: pasión por Dios y compasión por el ser humano — Ex 22,20-26 · Sal 17 · 1 Tes 1,5c-10 · Mt 22,34-40

La pregunta del maestro de la ley —¿cuál es el mandamiento principal?— recibe en esta liturgia una respuesta que la primera lectura ya había preparado.

Éxodo 22,20-26 pertenece al Código de la Alianza (Ex 20,22–23,33;) y, lejos de limitarse al decálogo, baja a casos concretos de **justicia social**: no maltratar ni oprimir al forastero —"forasteros fuisteis en Egipto"—, no explotar a viudas ni huérfanos, no prestar con usura al pobre y devolver antes de la puesta del sol el manto tomado en prenda. El motivo teológico es **la compasión de Dios**, que escucha el clamor del oprimido y se encoleriza contra quien lo explota. Esa primera lectura fija un fundamento que el resto del domingo desarrolla: **el amor al prójimo empieza siendo derecho del débil, no sentimiento del fuerte**.

1 Tesalonicenses 1,5c-10 aporta el **fundamento comunitario**: una comunidad que, "entre tanta lucha" y con la alegría del Espíritu, abandonó los ídolos para servir a un "Dios vivo y verdadero" (1,9) y aguardar a su Hijo. Es el primer mandamiento hecho **biografía comunitaria** —el Dios único del Shemá frente a los ídolos—, y su fe, dice Pablo, "ha corrido de boca en boca" por Macedonia y Acaya. La misma carta dirá que los tesalonicenses han sido **"enseñados por Dios a amarse unos a otros"** (1 Tes 4,9): la conversión a Dios desemboca en amor fraterno, aunque esa conexión pertenece a otro pasaje y no a la lectura de hoy.

Mateo 22,34-40 cierra la serie de controversias de Jerusalén (Mt 21,23–22,46). Los fariseos, tras ver silenciados a los saduceos (22,23-33), se reúnen, y uno de ellos, maestro de la ley, pregunta **"para ponerlo a prueba"** cuál es el mandamiento principal. Hay que recordar que la cuestión no era banal: entre las escuelas rabínicas se discutía qué precepto pesaba más (para algunos, el sábado) y precisar que los rabinos distinguían **mandamientos "grandes" y "pequeños" dentro de una Torá de 248 preceptos y 365 prohibiciones**, mientras otros sostenían que también los pequeños eran de máximo peso (cf. 4 Mac 5,20, según U. Luz). Pronunciarse era, por tanto, tomar partido entre grupos influyentes.

Jesús responde con dos citas: Dt 6,5, comienzo del Shemá que todo judío recitaba cada día, y **Lv 19,18**, que añade sin que se lo pregunten. El adjetivo **homoios ("semejante")**¹ indica que el segundo mandamiento es **de igual rango** que el primero, y de ahí la tesis que ordena toda la propuesta: lo divino y lo humano quedan unidos de modo inseparable, de forma que es una ilusión pensar que se está bien con Dios mientras se está mal con alguien. Mateo remata que de estos dos mandamientos "penden la Ley entera y los Profetas" (22,40). Se fundamenta en 1 Jn 4,8, "Dios es amor", y de ahí deriva por qué el amor es la fuerza que da sentido, verdad y plenitud a la vida.

Algunos aspectos que aparecen

- Lo esencial frente a la multiplicación de preceptos: concentrarse en el núcleo de la fe.
- El amor a Dios como adhesión total de la vida a su voluntad, no como emoción ni como multiplicación de rezos.
- La inseparabilidad del amor a Dios y al prójimo: no hay "espacio sagrado" donde entenderse con Dios de espaldas a los demás.
- La justicia social concreta —forasteros, viudas, huérfanos, deudores pobres— como forma primera del amor al prójimo (Éxodo).
- Dios es amor: fundamento teológico de la centralidad del amor, y el amor a Dios como camino hacia el propio bien.
- La falta de amor como raíz de la deshumanización y del individualismo moderno (**"moral sin mandamientos", religión a la carta**).
- La conversión al Dios vivo y la comunidad ejemplar de Tesalónica.

Algunos matices teológicos

El primer mandamiento y el Shemá

Dt 6,4-5 abre el Shemá: Dios es "el único Señor" y se le ama con todo el ser. Amar a Dios "con todo el corazón" **no es una emoción** ni una multiplicación de rezos, sino **reconocerlo como Fuente última de la existencia**, adherirse a su voluntad y responder con fe incondicional a su amor universal de Padre. En Dt 6,5 ese amor abarcaba **todos** los ámbitos de la vida —familia, amistad, lealtad política, relación con Dios— y se entendía como entrega a cumplir los mandamientos divinos, es decir, como sumisión y obediencia en el ámbito religioso. **Jesús conserva esa totalidad, pero la abre al prójimo**.

La equivalencia de los dos mandamientos (homoios)

Jesús responde más de lo que le preguntan: añade Lv 19,18 y lo declara "semejante" al primero. Los dos no son dos preceptos más sino el eje que ordena los demás ("de ellos penden la Ley y los Profetas"). Se traduce pastoralmente: una religión que predica el amor a Dios y **se olvida de los que sufren "es una gran mentira"**, y **no hay un "espacio sagrado" en el que entenderse a solas con Dios**.

¹ **hómoios (ὅμοιος)** significa «semejante», «parecido» o «igual»

Dios es amor (1 Jn 4,8) y el amor propio ordenado

La centralidad del amor se funda en la revelación de Dios mismo: "Dios consiste en amar". De ahí dos consecuencias. **Amar a Dios es hallar el propio bien** —"lo que da verdadera gloria a Dios no es nuestro mal, sino nuestra vida y plenitud"—, y quien se sabe amado aprende a mirarse y cuidarse con amor verdadero, lo que da contenido al "como a ti mismo". (Resuena la fórmula de Ireneo, gloria Dei vivens homo -la gloria de Dios es el hombre que vive-, Adv. haer. IV,20,7. Y la expresión "no puede hacer otra cosa que amar" solo se entiende bien si se recuerda que en Dios el amor no es una necesidad externa sino su misma libertad)

El amor al prójimo como justicia: el Código de la Alianza

Éxodo 22 muestra que amar al prójimo tiene **forma jurídica**: protección del forastero, la viuda, el huérfano y el deudor pobre, bajo la garantía de un Dios que escucha el clamor. Lv 19,18 pertenece al mismo universo normativo (Lv 19,9-18 incluye dejar espigas para el pobre, pagar el jornal, no calumniar), y Lv 19,34 extiende el amor al forastero "como a ti mismo". La primera lectura "prepara" lo que Jesús va a contestar.

Pasión por Dios y compasión por la humanidad

El resumen que de la religión que Jesús hace: el sufrimiento ajeno un criterio verificable del amor a Dios (cf. 1 Jn 4,20; Mt 25,31-46; Deus caritas est 16). De ahí la pregunta sobre el individualismo: no basta preguntarse **si creemos en Dios o lo amamos**; hay que preguntarse **si amamos como hermanos a quienes sufren**.

Conversión al Dios vivo y espera del Hijo (1 Tes 1,9-10)

La conversión es un **doble movimiento**: **abandonar** los ídolos para servir a un Dios vivo y verdadero, y **aguardar** a su Hijo. Es el mismo conflicto de fondo que la liturgia del domingo pasado planteó con el César: el Dios único frente a los falsos absolutos. El horizonte escatológico **evita que el amor se agote en activismo**: se ama y se sirve desde **la esperanza de un Hijo que viene**.

Reflexión

El marco litúrgico-pastoral **abre el movimiento**: presenta la respuesta de Jesús como complemento de la del domingo anterior ("dad al César... y a Dios..."), lee el Éxodo como preparación —las dos direcciones de la Alianza, hacia Dios y hacia el prójimo—, propone el salmo ("yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza") como la dirección "vertical" de esa relación y ofrece en Tesalónica una comunidad que respondió con conversión y testimonio.

Un movimiento es de **concentración**. La religión parece a muchos un entramado de leyes difícil de vivir, y la pregunta del maestro busca recuperar el "espíritu perdido" entre cientos de preceptos clasificados en "fáciles" y "difíciles", "graves" y "leves". Jesús responde con las palabras del **Shemá**, que él mismo había pronunciado esa mañana, y añade lo que nadie le había preguntado. La propuesta es **que la Iglesia emprenda un proceso de concentración en lo esencial** situado en el tiempo largo: el cristianismo "está todavía en sus comienzos" y la caridad tardará siglos en fermentar la masa.

Otro movimiento explica **qué es amar a Dios** y por qué el amor lo es todo. Amar a Dios es centrar la vida en él; la razón última es que Dios mismo es amor, de modo que cumplir su voluntad no es perder sino hallar el propio bien. Quien se sabe amado aprende a mirarse con verdadero amor y, desde ahí, comprende el segundo mandamiento. Amar al prójimo no significa vivir con la misma intimidad la relación con la esposa, con el cliente o con el desconocido de la calle, sino buscar en cada caso "positivamente el bien que queremos para nosotros mismos".

Otro movimiento es un **diagnóstico cultural**. La falta de amor **deshumaniza** las luchas por una sociedad mejor; se habla de renovar estructuras, pero "pocos se preocupan de acrecentar su capacidad de amar". **El individualismo moderno —"sentirse bien" como ideal, una "moral sin mandamientos", lo religioso "gestionado" a conveniencia— produce individuos respetables pero encerrados en sí mismos**. El criterio es sencillo y exigente: "ser cristiano no es sentirse bien ni mal, sino **sentir a los que viven mal**". Y la advertencia final: **no hay que dar por supuesto que somos cristianos**.

Del aparato **histórico-exegético**: la pregunta tenía malicia porque obligaba a pronunciarse en una controversia rabínica real (nota 1); Dt 6,5 entendía el amor como lealtad y obediencia en el ámbito religioso (nota 2); y Jesús, al igualar el amor al prójimo con el amor a Dios, da a la religión y a la ética "un giro enteramente nuevo", de alguna manera "seculariza" la religión y la simplifica asombrosamente; encarnando la potencia de la fe.

Algunas distinciones hermenéuticas que conviene mantener

- **Continuidad y novedad**. La respuesta de Jesús "recoge la fe básica de Israel", como la de Hillel y otros maestros, y se habla de un "giro enteramente nuevo en la historia de las tradiciones religiosas de la humanidad". Ambas cosas con matices. La combinación de amor a Dios y amor al prójimo tiene **paralelos judíos anteriores o contemporáneos** (Test. Isacar 5,2; Test. Dan 5,3; la regla de Hillel, b. Shabbat 31a), y en Lc 10,25-28 es el propio legista quien la formula. La novedad **no está en el contenido** de las dos citas, sino en **el lugar que Jesús les da** —igual rango, principio de toda la Ley— y en cómo **su vida lo encarna**. Presentar a Jesús como inventor del amor al prójimo empobrece la lectura y alimenta la caricatura del judaísmo.

- **Interlocutores y polémica.** Mateo dice que el legista pregunta "para ponerlo a prueba" (22,35); **Marcos presenta a un escriba sincero** a quien Jesús dice "no estás lejos del Reino de Dios" (Mc 12,28-34); y se oscila entre la "malicia" de la pregunta y el agradecimiento al maestro de la ley. Conviene mantener esa diversidad y **no generalizar** sobre "los escribas" ni "los fariseos" (misma cautela que en los Domingos 27 y 29). Además, el recuento de 613 preceptos (248 mandatos y 365 prohibiciones) está formulado en fuentes rabínicas posteriores: sirve como indicio de la casuística, pero atribuirlo sin más a los contemporáneos de Jesús es **anacrónico**, y la distinción entre preceptos "**grandes**" y "**pequeños**" era un debate legítimo, no una muestra de legalismo.
- **Ni reducir ni separar.** El mandamiento "principal y primero sigue siendo amar a Dios", **sin confundirlo con el amor al hermano**, y que "nada hay más importante que esto, ni siquiera la práctica de una determinada religión". La primera línea pide leer los dos mandamientos como inseparables pero no idénticos; la segunda, si se absolutiza, **reduce la fe a ética cívica** y opone amor y culto, cuando el mismo texto recuerda que Jesús rezaba el Shemá (inferencia del comentario; no consta en Mt 22). Lo que se relativiza no es la oración ni el culto, sino **la religiosidad que se desentiende del prójimo** (cf. Os 6,6).
- **Qué clase de amor.** Se niega con fuerza que amar a Dios sea cuestión de "sentimientos", y se lee como lealtad y obediencia. Es cierto para Dt 6,5 en su contexto de alianza, pero el lenguaje bíblico del amor tiene también hondura afectiva (Os 11,1-4; el "yo te amo" del salmo de hoy, Sal 18,2 en numeración hebrea, usa un verbo de ternura entrañable). Y del lado del prójimo, el amor de Lv 19,9-18 es conducta concreta y justiciera —espigas para el pobre, jornal pagado a tiempo, juicio sin parcialidad—, como el manto devuelto antes del anochecer en Éxodo. Por eso la observación de que "pocos se preocupan de acrecentar su capacidad de amar" frente a la reforma de las estructuras no debe oponer caridad y justicia: **sin estructuras justas el amor se queda en sentimiento, y sin amor las estructuras se deshumanizan** (cf. Deus caritas est 28).
- **Quién es el prójimo.** Lv 19,18 hablaba originalmente del compatriota; Lv 19,34 extiende el amor al forastero "como a ti mismo", y Jesús lo universaliza hasta el enemigo (Mt 5,43-48) y el extraño herido (Lc 10,29-37). Se lee "prójimo" como "cualquier persona que encontramos": es una lectura cristiana legítima, pero conviene decir que es una ampliación y no el sentido primero de Lv 19,18. Del mismo modo, el "como a ti mismo" presupone un amor propio ordenado; no avala el individualismo que el propio texto critica, pues se trata de querer para el otro lo que se quiere para uno, no de quedarse en el propio bienestar.

Para una reflexión movilizadora

La pregunta era una trampa y la respuesta es un regalo. El maestro de la ley quería ponerlo a prueba con una disputa de escuela, y Jesús no esquivo el terreno: responde con las palabras que Israel repetía al amanecer y al anochecer, y luego añade lo que nadie pidió. Pero lo asombroso **no es que reduzca la Ley, sino que la ordena**: de estos dos mandamientos "penden la Ley entera y los Profetas". En una religión de cientos de preceptos, donde la gente sencilla se sentía perdida, Jesús no simplifica descartando; **concentra**, como se concentra la luz en un punto para poder ver todo lo demás.

Lo más movilizador del domingo aparece al leer juntos Éxodo 22 y Mateo 22. El "**prójimo**" de Jesús tiene rostros muy concretos en la primera lectura: el forastero, la viuda, el huérfano, el deudor pobre. Y la ley que los protege tiene una exigencia casi cruel de puntualidad: el manto tomado en prenda debe devolverse antes de que se ponga el sol, porque es el único abrigo del pobre y, si grita, Dios lo escucha, "porque soy compasivo". El amor al prójimo, entendido así, **no es una añadidura piadosa**: es la manera en que la compasión de Dios **se vuelve ley entre los hombres, y tiene un plazo**. Los forasteros de hoy son los migrantes; las viudas y los huérfanos, **quienes no tienen quien los defienda**; los deudores, los endeudados a quienes nadie escucha. La pregunta no es teórica, y **el reloj de la puesta de sol sigue corriendo**.

La segunda provocación es la frase más difícil de olvidar: "ser cristiano no es sentirse bien ni mal, sino **sentir a los que viven mal**". Frente a una cultura que mide la vida por el **propio bienestar y gestiona la religión a la carta**, el texto propone **un criterio verificable: ¿a quién le duele la vida?** No hay "espacio sagrado" donde entenderse a solas con Dios. Pero la advertencia vale también al revés: si el amor se reduce a buenos sentimientos, el individualismo vuelve por la ventana. Éxodo 22 enseña que **el amor se hace derecho, plazo, manto devuelto; la caridad que no llega a las instituciones se evapora, y las instituciones que no nacen de la caridad se enfrían**.

Tesalónica, una comunidad que se volvió a Dios "entre tanta lucha" y "con la alegría del Espíritu Santo", y cuya fe, dice Pablo, "ha corrido de boca en boca" hasta ser **modelo para toda la región. No amaban en abstracto**: abandonaron los ídolos —los falsos absolutos de cada época, el mismo César del domingo pasado— y esperaron al Hijo sirviendo. Otra vez, **el cristianismo está "todavía en sus comienzos"**, y la masa pesada fermentará solo si hay **testigos que ayuden a las futuras generaciones a creer en el amor**. Quizá la medida de nuestro amor a Dios sea, simplemente, **a quién estamos dispuestos a devolverle el manto antes de que se ponga el sol**.

Ahora ... ¿qué haremos?

1. Volver a lo esencial. revisar la propia vida de fe y las prácticas pastorales para distinguir el centro —amar a Dios y al prójimo— de los añadidos secundarios, sin descartar la Escritura, la liturgia ni la doctrina que sostienen ese centro.

2. Centrar la vida en Dios como Fuente. cultivar la adhesión concreta a su voluntad —oración, escucha de la Palabra, discernimiento— entendida como orientación de toda la existencia, y no solo como sentimiento ni como cumplimiento exterior.

3. Hacer del prójimo un criterio verificable. preguntarse con regularidad si amamos como hermanos a quienes sufren (cf. 1 Jn 4,20; Mt 25,31-46) e identificar en el entorno a quienes hoy ocupan el lugar del forastero, la viuda, el huérfano y el deudor pobre, para actuar a su favor.

4. Traducir el amor en justicia. apoyar normas, prácticas y estructuras que protejan a los vulnerables —salarios justos, crédito sin usura, acogida de migrantes—, "devolviendo el manto antes de que se ponga el sol", sin oponer caridad personal y justicia social.

5. Resistir el individualismo religioso. examinar si la fe se ha vuelto un recurso para "sentirse bien" o una religión a la carta, y abrir espacios comunitarios de servicio gratuito, generosidad y compartir con los necesitados.

6. Vivir y predicar el amor con honestidad. sin reducirlo a sentimiento ni a amabilidad cívica, **sin caricaturizar la discusión rabínica** y presentando el mandamiento en su continuidad con Israel y en su novedad en Jesús; y **construir comunidades como la de Tesalónica, cuya fe corra "de boca en boca" como testimonio.**